

DIA XVIII.

MARTIROLOGIO.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, arzobispo y confesor, en Valencia en España; cuyo tránsito se celebra el día 8 de este mes. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE **SAN METODIO**, obispo de Olimpo en la Licia, y después de Tiro, muy esclarecido por su elocuencia y por su doctrina; el cual, como escribe S. Jerónimo, en Negro Ponto en la Grecia, al fin de la última persecucion mereció la corona del martirio. (Tambien es conocido con el nombre de **SAN EUBULO** ó **EUBILIO**, que él mismo se dió en su admirable obra titulada: *Festín de las vírgenes.*)

SAN FERREOLO (ó **FERRIOL**), mártir, en la diócesi de Viena en el Del-finado: siendo tribuno fué preso por orden del muy impio presidente Crispino, y cruelmente azulado; despues habiéndole cargado de pesadas cadenas, lo metieron en un horrible calabozo, del cual salió habiéndose roto milagrosamente las cadenas y abierto las puertas de la cárcel; pero habiendo sido preso otra vez, lo degollaron y alcanzó la palma del martirio. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LAS SANTAS MÁRTIRES SOFIA É IRENE. (Se ignora de donde fueron ni en que punto padecieron; pero sus nombres se hallan en los mas antiguos Martirologios griegos y romanos.)

SAN EUSTORGIO, en Milan, primer obispo de esta ciudad, célebre por los elogios que le tributa S. Ambrosio.

SAN EUMENO ó **EUMENIO**, obispo y confesor, en Gortina en la isla de Candia.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA, ARZOBISPO DE VALENCIA.

SANTO Tomás de Villanueva, ornamento de la iglesia de España, nació en Fuen-Llana, lugar pequeño de la Mancha, el año de 1488; pero se crió en Villanueva de los Infantes, á tres leguas de dicho lugar, por serlo de su padre, y de él tomó el sobrenombre de Villanueva. No era ilustre su familia; pero era muy limpia y muy honrada, con bastantes bienes de fortuna para vivir honradamente segun su condicion. Sobre todo eran muy conocidos sus padres por la ejemplar caridad que tenian con los pobres. Se habian impuesto á sí mismos la ley de no amontonar dinero, sino de repartir en limosnas todo lo que les sobraba de su hacienda. No vendian los granos ni los demás frutos en los mercados, como lo hacian los otros labradores: separaban lo que habian menester para el gasto de la casa, y todo lo demás lo distribuian entre los pobres que acudian á ellos con



STO. TOMAS .
DE VILLANUEBA . ARZOB .

toda confianza, como á bienhechores suyos. Esta virtud de la misericordia y de la limosna fué la mas preciosa herencia que dejaron á su hijo y heredero, inspirándosela desde la cuna. No perdonó á medio alguno Alfonso Garcia, padre de nuestro Santo, para darle una cristiana educación; y su madre Lucia Martinez, mujer de gran virtud, dedicó al mismo fin todos sus maternales desvelos, tardando poco en reconocer que la gracia ayudaba á su piadoso trabajo, aun mas eficazmente que ella. Contaba Tomás solo siete años cuando dió grandes muestras de su compasivo amor á los pobres con cien industrias, que solo podian ser sugeridas por el espíritu de Dios. Cada dia salia con alguna nueva invencion en favor de los necesitados. Unas veces dejaba la comida para darla de limosna; otras se desnudaba de sus vestidos para cubrir con ellos á algun niño desnudito. Todo cuanto podia encontrar en casa que fuese de algun alivio á los pobres, todo lo atrapaba y lo distribuia entre los muchos mendigos que á todas horas concurrían á su puerta. Trigo, legumbres, viandas y pan eran la materia ordinaria de sus piadosos hurtos, y sus caritativos padres, en lugar de reprenderle, eran los primeros que lo celebraban.

Sobre todo, la virtuosa madre tenia especial gusto en ver las industrias de que se valia para tener siempre que dar á los pobres que le pedían limosna. Hiciéronle un vestido nuevo, y el primer dia que le estrenó se le dió al primer pobre que encontró al salir de su casa, y él se volvió á vestir el viejo. Sorprendida la madre, le preguntó qué habia hecho del vestido nuevo, y el santo niño la respondió, que como estaba acostumbrado al viejo, se acomodaba mas bien con él, y el otro le pareció que era mejor para los pobres.

Otro dia estaba solo en casa, y no teniendo la llave de la despensa para dar pan á seis pobres que llegaron á la puerta, se acordó de que habia en el corral una gallina con seis pollos; dió á cada uno un pollo, y los despidió. Cuando volvió la madre y echó menos sus pollos, el santo niño con su natural candor la confesó lo que habia hecho, añadiendo con igual ingenuidad, que si hubiera venido otro pobre mas pensaba darle la gallina.

A esta virtud de la caridad acompañaban todas las demás que son ordinarias en los santos. Hechizaba á cuantos le trataban la dulzura y la apacibilidad de su genio. No conocia Tomás ni aun aquellas mentirillas que son tan comunes en los niños. Su ingenuidad era seguro indicio del candor y de la pureza de su alma; delicada virtud, que nunca se ajó en él, ni aun con el mas leve vapor; tanto, que hasta su aire, sus conversaciones y sus mo-

dales la inspiraban en los jóvenes mas libres; y su devoción se pegaba á todos los que observaban el respeto y la compostura con que estaba horas enteras en las iglesias.

Las primeras palabras que sus padres le enseñaron á pronunciar fueron los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Por eso era tan tierna su devoción á la Madre de Dios, que comunmente le llamaban el hijo de la Virgen, habiéndose reparado que los sucesos particulares de su vida fueron en alguna festividad de esta Señora. El dia de la Presentacion tomó el hábito de religioso, en el de la Asuncion le hicieron obispo, y en el de la Natividad de la Virgen fué su dichosa muerte.

Habiendo estudiado en su patria las primeras letras, en las cuales por su ingenio y por su aplicacion adelantó mucho en poco tiempo, le enviaron sus padres, siendo de edad de quince años, á la universidad de Alcalá, que acababa de fundar el cardenal Jimenez. Luego se hizo muy señalado en ella por su ingenio, y mucho mas por su virtud; y lo que suele ser escollo en que naufraga la inocencia de los jóvenes, solo sirvió para añadir nuevo lustre á la de nuestro Tomás. Léos de dejarse arrastrar por los malos ejemplos de otros profesores de su edad, él los traía al amor de la virtud con los buenos que les daba á ellos. No se sabia lo que mas se habia de admirar en el santo mancebo, ó los asombrosos progresos que hacia en las ciencias, ó lo que adelantaba cada dia en la virtud. Anticipóse su reputacion á la madurez de la edad. Aun no tenia veinte años, y ya le buscaban para árbitro de las diferencias. Por mas que su modestia se esforzaba á ocultar sus raros talentos, se descubria su extraordinario mérito á pesar de su humildad; y así, habiendo recibido el grado de maestro en artes á los veinte y seis años, fué nombrado por catedrático de filosofía. Estendida su fama por España, al cabo de dos años fué llamado á la universidad de Salamanca: convite que admitió gustoso porque ya se le hacian insupportables los honores que le tributaban en Alcalá; pero como á todas partes llevaba consigo su mérito y su virtud, en todas daba mucho que padecer á su humildad la admiracion, el concepto y el aplauso de los hombres.

Habia mucho tiempo que Tomás suspiraba ansiosamente por la soledad; y los mismos aplausos del mundo avivaban mas y mas en su humilde espíritu estos ansiosos deseos. Aunque su vida era recogida, austera y retirada, siendo su principal estudio el de la salvacion, se le hacia intolerable el preciso comercio con las gentes que no podia escusar; y habiendo llegado á su noticia que así en Alcalá como en Salamanca se pensaba seriamente

en fijarle en la universidad para elevarle á las primeras dignidades eclesiásticas, se determinó á tratar eficazmente de su retiro. Duró poco la deliberacion. Despues de examinado el espíritu y los estatutos de muchas sagradas religiones, le pareció que le llamaba Dios á la de los ermitaños de S. Agustin. Apenas descubrió su ánimo, cuando fué recibido con extraordinario gozo de toda la orden. Entró en ella el año de 1518 en el mismo dia en que el desgraciado Lutero la habia abandonado, como se notó con el tiempo; como que la divina Providencia queria consolar á la religion en el justo dolor que la causaba la desercion de un apóstata, recompensándola de esta pérdida con la admision de un gran santo.

Muy desde luego se reconoció que en lugar de un novicio se habia recibido un gran maestro de la vida espiritual. Para él eran alivios los ejercicios mas penosos de la religion, recreo las mas rígidas austeridades. Acostumbrado desde la edad de diez años á los ayunos, á las mas dolorosas mortificaciones del cuerpo, y á la perfecta abnegacion de la propia voluntad, todos los rigores de la religion se le representaban lenitivos y temperantes. Por eso aunque su mortificacion llegaba á ser excesiva, solia decir que desde que habia entrado religioso ya no hacia penitencia. No hubo novicio mas exacto en el cumplimiento de todas las obligaciones, ni religioso mas rendido ni mas humilde. Al ver la santa simplicidad con que se portaba en todo, se podia juzgar que enteramente estaba olvidado de que habia sido catedrático en las universidades mas célebres de España. Por la constante uniformidad de su conducta se llegó á creer, ó que habia nacido sin pasiones, ó que por privilegio particular se las habia Dios estinguido en su inocente alma. A su fervor y á su inocencia correspondia su tierna devoción. Por eso apenas acabó el año de noviciado cuando le ordenaron de sacerdote; y añadiendo el sacerdocio nuevo lustre á su virtud, en el mismo año le mandaron los superiores que repartiase al pueblo el pan de la palabra de Dios; lo que hizo con tanta dignidad y con tanto fruto, que desde allí adelante solo era conocido por el renombre del apóstol de España.

Con este empleo volvió á reproducir su caridad con los pobres, que habia estado como suspensa durante el retiro del noviciado; de suerte que al mismo tiempo era el predicador de la palabra de Dios, enfermero de los enfermos, mayordomo de los pobres, y el recurso universal de todos los necesitados. Hicieron escrúpulo los superiores de que esta grande antorcha estuviese mas largo tiempo escondida debajo del celemin, y le mandaron

enseñar la teología en el convento de Salamanca. Desempeñó el nuevo empleo con universal aplauso, sin aflojar por eso ni en su fervor ni en su zelo. Toda la ciudad concurría á sus lecciones movida de su gran reputacion, y en ellas aprendía al mismo tiempo la ciencia de las escuelas, la de la religion y la de la salvacion eterna. Por el singular talento de predicador, de que le habia dotado el cielo, le pidieron las mas principales y populosas ciudades de España para que predicase en ellas. Hizo con maravilloso fruto en Burgos y en Valladolid, donde toda la corte concurría á oírle con ansia verdaderamente asombrosa. Ninguno era mas frecuente á sus sermones que el mismo emperador Carlos V, el cual le nombró por su teologo, y por su predicador ordinario. Preguntado en cierta ocasion de donde sacaba unos pensamientos tan sólidos, unos conceptos tan elevados, una elocuencia tan dulce, tan pegajosa y tan enérgica, acompañada de tanta mocion, respondió con su acostumbrada humildad, que el Crucifijo era el gran maestro de los predicadores, y que la oracion debía ser su principal escuela. Es verdad que recibía en ella unas luces tan soberanas, que solo Dios se las podia comunicar, y que muchas veces fué visto arrebatado en éstasis.

Como los religiosos de su orden le trataban mas de cerca que los seglares, tenian tambien mejor conocidos sus extraordinarios talentos y su raro mérito; en cuya consideracion les pareció debían dispensar con él una constitucion de la orden, que prohibe sean promovidos á superiores los que no tengan siete años de profesion. Solo tenia dos de profeso cuando le hicieron prior del convento de Salamanca, despues del de Burgos, en tercer lugar del de Valladolid, dos veces provincial de Andalucía y una de Castilla. Desempeñó estos cargos con tanta dignidad y con tanta satisfaccion de todos sus súbditos, que en él se verificó lo que escribe S. Pablo á Timoteo: La virtud sirve para todo, y los santos sobresalen en todo lo que les encarga la obediencia. A vista de lo que iba creciendo cada dia la santidad y el mérito de nuestro Tomás, no se puede explicar la general veneracion que se mereció en toda España. Había condenado á muerte el emperador Carlos V á ciertos caballeros, reos de lesa majestad; intercedieron por ellos los grandes de España, y entre otros el almirante, el condestable, el arzobispo de Toledo, y hasta su mismo hijo el principe de Asturias D. Felipe: estuvo inexorable el emperador; pero no se pudo resistir á la súplica que hizo en favor de ellos nuestro Santo; y como vió que toda la corte se admiraba mucho de esta preferencia, dijo públicamente: *Habeis de tener entendido que los ruegos del prior de los agusti-*

nos de Valladolid son para mí como preceptos de Dios: justo es que se concedan algunas gracias de la tierra á un varon santo y tan amigo de Dios, á quien debemos recurrir para que nos consiga las del cielo.

Andaba nuestro Santo visitando los conventos de su provincia cuando tuvo noticia de que el emperador le habia nombrado para el arzobispado de Granada, y que le habia mandado espedir la cédula. Sobresaltóse estrañamente su profunda humildad, sugeriéndole tantas razones para renunciar aquella dignidad, y representóselas al emperador con tanta elocuencia, que se vió precisado á rendirse, y á admitirle la renuncia. Pero vacando despues el arzobispado de Valencia por dimision de D. Jorge de Austria, promovido al obispado de Lieja por el papa Paulo III, y hallándose en Flandes el emperador muy arrepentido ya de la facilidad con que habia condescendido la primera vez con la humildad de Fr. Tomás, le nombró para este arzobispado. Recibió el Santo la cédula imperial sin asustarse mucho, pareciéndole que la segunda renuncia seria tan eficaz como la primera; pero se engañó. Conspiraron contra su resolucion uno y otro poder, el temporal y el espiritual, mandándole sus superiores, pena de escolucion, que se rindiese á la voluntad de Dios tan descubierta. No tuvo otro remedio que obedecer. Consagróle en Valladolid el arzobispo de Toledo el año de 1544, y al punto partió para su iglesia sin otra comitiva ni familia que un religioso, que era su socio, y dos criados del convento de donde venia. Hizo el viaje á pié, con su hábito raído, y un sombrero que le habia servido ya veinte y seis años, y le sirvió despues en todos sus viajes. Tuvo pensamiento de ir á ver á su madre, que habiendo cedido su casa al hospital, se habia consagrado al servicio de los pobres, y le habia escrito que pasase por Villanueva para darla este consuelo antes de morir. Al principio le pareció cosa muy justa; pero consultándolo con Dios, halló que la carne y sangre tenian mucha parte en aquella condescendencia, y así por pura virtud se privó de aquel consuelo.

Hizo la entrada pública en su iglesia el primer dia del año de 1545; y viendo los canónigos su pobreza, le regalaron con cuatro mil ducados. Admitiólos el Santo con el mayor agradecimiento; pero á su misma presencia mandó que los llevasen luego al hospital para alivio de los pobres, diciendo, que no siendo incompatible la pobreza con la dignidad episcopal, estaba determinado á vivir en la misma conformidad que siempre habia vivido. Con efecto, su vestido era el de un pobre y mero religioso, y su mesa la misma que en el convento; siendo de dictámen

que el obispo solo se habia de distinguir por la virtud y por las buenas obras, no por la preciosidad de los muebles, ni por la magnificencia y suntuosidad de los equipajes. Siempre consideró sus rentas como patrimonio de los pobres, en que él solo tenia la incumbencia de distribuírsele; y así los mismos pobres llamaban públicamente su casa al palacio arzobispal. Raro dia se dejaba de dar limosna á mas de cuatrocientos, sin las secretas que se hacian á todas las familias vergonzantes. No habia personas nobles tan ingeniosas en ocultar sus necesidades, como era industriosa la caridad del arzobispo en descubrirlas, y su liberalidad en socorrerlas. Nunca tuvo cruz arzobispal propia, ni oratorio, ni ornamento; todo lo tenia prestado de la catedral. La vajilla de su mesa era de barro, y toda su plata se reducía á unas cucharas para los huéspedes ó convidados. Observó toda la vida los ayunos de la órden y los de la Iglesia á pan y agua.

A su penitente vida correspondia el zelo por la salvacion de sus ovejas. Ningun pastor le escedió en el cuidado de su rebaño. No solo visitaba todos los años el arzobispado, sino que predicaba todos los dias, y algunos mas de una vez. Bastaba verle para moverse, y oírle para convertirse; por lo que en brevísimo tiempo mudó de semblante toda la diócesi. Ocupaba el dia en visitar los pobres enfermos, en instruir á los ignorantes, en convertir los pecadores y en componer las diferencias: las dos partes de la noche las pasaba en devociones. Estendiase particularmente su solicitud pastoral á las doncellas pobres, á los niños espósitos, á los encarcelados y á los huérfanos. Todos estos encontraban en el santo prelado socorro, consuelo, poderosa proteccion y asilo.

Convocó el papa Paulo III un concilio general en Trento; y viéndose imposibilitado el santo prelado de concurrir á él por la debilidad de su salud, consumida al rigor de sus penitencias y de sus grandes trabajos, nombró en su lugar al obispo de Huesca. Casi todos los prelados de España que concurrieron al concilio pasaron por Valencia para tomar parecer de nuestro Santo, venerado como oráculo en la Iglesia; y se asegura, que hallándose en el mar estos obispos muy á peligro de padecer naufragio, imploraron la intercesion de Sto. Tomás, que se les apareció vestido de pontifical, los aseguró, y al punto se sosegó la tormenta. Así lo afirmaron en Trento los mismos prelados.

Mientras tanto el alto concepto que formaba el santo arzobispo de las obligaciones de un buen pastor, y el bajísimo que hacia de sí por su profunda humildad, le tenia en un continuo sobresalto; temiendo la terrible cuenta que habia de dar á Dios. Este

temor le congojaba dia y noche, obligándole á solicitar muchas veces que se le admitiese la renuncia del arzobispado; y no queriendo darle oídos en España, acudió á Roma. Pero viendo cerradas todas las puertas, se volvió al Señor, pidiéndole con muchas lágrimas que librase á su iglesia de tan indigno prelado. Oyóle su Majestad, y le sacó luego de este mundo, no para librar á su Iglesia de un prelado indigno, sino para darla un poderoso protector en el cielo, y para premiar con la gloria eterna su eminente virtud.

Hallándose en oracion el dia de la Purificacion de la santísima Virgen el año de 1555, y creciendo en su corazon el ansioso deseo de gozar cuanto antes de su Dios, oyó una voz que le dijo clara y distintamente: *Tomás, no te astijas: ten un poco de paciencia: el dia de la natividad de mi Madre recibirás el premio de tus trabajos.* Desde aquel instante vivió el santo arzobispo en una especie de continua contemplacion, siendo su vida un continuo ejercicio de penitencia, de oracion y de obras de caridad. En fin, el dia 29 de agosto se sintió acometido de una esquinencia acompañada de violenta calentura. Conocieron todos que se acercaba su última hora por la extraordinaria alegría que manifestó en su semblante. Quiso recibir con tiempo los santos sacramentos. Tres dias antes de su muerte, deseando que le acompañase hasta la sepultura la caridad con los pobres, que, por decirlo así, habia nacido con él, mandó traer delante de sí cinco mil ducados, los únicos que le habian quedado; y dió órden de que se distribuyesen entre los pobres de todas las parroquias de la ciudad sin que se reservase ni un solo maravedí. El dia antes de su muerte, diciéndole que despues de haber socorrido largamente á todos los pobres de la ciudad habian sobrado mil y doscientos escudos, exclamó: *Por amor de Dios os ruego que en esta misma noche, y antes que amanezca el dia de mañana, repartais todo ese dinero entre los pobres: este es el mayor servicio que me podeis hacer.* A la media noche fué preciso obedecerle; y diciéndole la mañana siguiente que estaba obedecido en todo lo que habia mandado: *Gracias os doy, Señor,* exclamó, *por la merced que me haceis de morir pobre. Encargásteisme la administracion de vuestros bienes y ya los he repartido segun vuestra divina voluntad.* Entró un instante despues el tesorero de la iglesia, y le dijo que le acababa de traer un poco de dinero: *Pues id prontamente,* le respondió el Santo, *y distribuidlo entre los pobres, llevando luego todos los muebles de mi cuarto al rector del colegio que fundé.* Acordándose despues que la pobre camilla en que moria era suya, tuvo algun es-

crúpulo, y viendo en su cuarto al alcaide de la cárcel eclesiástica, le dijo: *Amigo, doite desde luego esta cama en que estoy: solo te pido de gracia y por amor de Jesucristo, que me la dejes prestada hasta que espire.* Deshacianse en lágrimas todos los presentes, y el Santo mandó que le administrasen la Estremauncion. Despues hizo que le dijese misa en su cuarto; y al acabarse el santo sacrificio, pronunciando los dulcísimos nombres de Jesus y de María, rindió dulcemente el alma en manos de su Salvador el día 8 de setiembre del año 1555, á los sesenta y siete de su edad, y el oncenno de su pontificado. Los funerales fueron de los mas magníficos; pero ninguna cosa los honró tanto como los clamores y las lágrimas de mas de ocho mil y quinientos pobres que lloraban la pérdida de un buen padre, y no se podian consolar en ella. El mismo día de su muerte manifestó Dios su alta santidad con gran número de milagros. Treinta y tres años despues se halló entero el santo cuerpo; y en el de 618 fué solemnemente beatificado por el papa Paulo V, que mandó que en todos sus retratos se le pintase con una bolsa en la mano, y rodeado de pobres. En fin, el primer día de noviembre de 1658 fué solemnemente canonizado por el papa Alejandro VII, quien mandó se rezase de él en toda la Iglesia.

SAN FERREOLO, Ó FERRIOL, MÁRTIR.

EL bienaventurado S. Ferreolo ó Ferriol fué natural de la ciudad de Viena en Francia, y segun se colige de su historia, era caballero muy principal y tribuno del ejército, cuyo grado equivalia al de coronel de nuestros tiempos. S. Julian natural de la misma ciudad se alojaba en su casa y hacia profesion pública de la religion cristiana. Cuando principió á enfurecerse la persecucion en Viena, S. Ferriol indujo á S. Julian á que se fuese (*véase la noticia de este Santo en las del día 28 de agosto*), y él esperó tranquilamente los furios del presidente de aquella parte de la Galia llamado Crispin, quien habiendo comenzado á perseguir todos los cristianos que hallaba renitentes á sus decretos, mandó prender entre otros á Ferreolo por sospechas que de él se tenian. Tratando pues de hacerle sacrificar á los dioses, dijo: «Ferreolo, es menester que tú obedezcas de los primeros á los mandatos de los emperadores, á los cuales por el sueldo que disfrutas siendo tribuno les debes fidelidad, por la majestad reverencia, y por el aumento de la honra devocion; y así por lo uno como por lo otro les has de obedecer. Considera que te conviene con gusto y de grado hacer su voluntad, para que despues

no la hayas de hacer con disgusto y por fuerza. Para esto te he enviado á llamar, cumple lo que te digo, y ofrece sacrificio.» Respondió el mártir: «Yo soy cristiano y no puedo adorar á tus dioses: á los emperadores he servido en la milicia el tiempo que les podia servir como cristiano, y cuando á tí te di la obediencia, determiné de obedecer á leyes justas, y nunca á leyes injustas, sacrilegas y malas, y así tengo propuesto de militar contra los enemigos del estado como debo, pero no contra los cristianos. Los estipendios y honores que dices, no los quiero: el emperador sacrilego dé de comer al soldado sacrilego; porque yo no voy buscando provechos temporales, harto tengo de que poder vivir como cristiano; y si no puedo pasar la vida de esta manera, mas quiero morir. — ¿Qué blasonar de muerte, dijo el presidente, es éste? ¿Es por ventura que despues de haber proferido tantas injurias contra las leyes y nuestros principes la menosprecias como desesperado? Hágote saber, que todas las injurias que has dicho contra nuestros dioses y emperadores te serán perdonadas, si haces penitencia de tu pecado despidiéndote de la secta de los cristianos. — La humanidad y perdon que me prometes, replicó el Santo, guárdalo para el que ha de militar bajo de tu bandera, ó de los emperadores, ó de tus leyes, á las cuales ninguno las hace injuria anteponiendo á ellas la del verdadero Dios. Antes aquel comete crimen de lesa majestad que venera las cosas insensibles y caducas, cuales son tus dioses. Yo he propuesto adorar al Criador y no á la criatura, ni á tus dioses, hechos por manos de hombres. Porque el Dios de los cristianos ha hecho el cielo y la tierra, y todo lo que está en ellos para nuestro bien, y no porque nos señoreen ni manden.»

Viendo el presidente la constancia del mártir mandólo azotar cruelísimamente, y echarlo despues en una oscura cárcel cargado de cadenas. Pero al tercer día de estar en ella cayeron milagrosamente á sus pies las cadenas quebradas en mil pedazos, y se le abrieron las puertas de par en par: reconociendo el Santo este singular favor de Dios, y viendo á los guardias dormidos, salió del calabozo y de la ciudad, y se fué por el camino real sin buscar sendas ni escondrijos por las puertas que guiaban á Leon. Pasó á nado el Rhona ó Ródano y llegó hasta el rio Geres que desagua en el anterior dos leguas mas arriba de Viena, donde cayó otra vez en manos de sus perseguidores, los cuales le ataron las manos á la espalda, y le llevaron consigo parte del camino hasta que asaltados de un furor salvaje, le cortaron la cabeza á las orillas del Rhona por los años de 304.

Cuenta S. Antonino de Florencia en su primera parte historial,

que habiendo los gentiles cortado la cabeza á S. Julian, la llevaron á su amigo S. Ferreolo amenazándole, que si no adoraba á los dioses, harian otro tanto con él; y que viendo que nada lo acobardaba el espectáculo de la cabeza de su santo amigo, se resolvieron á matarlo como lo efectuaron, y que despues llevaron la cabeza de S. Julian y el cuerpo de S. Ferreolo á Viena, y los pusieron en un mismo sepulcro. Y que pasados muchos años, abriendo el dicho sepulcro S. Mamerto, obispo de Viena, halló la cabeza de S. Julian entre las manos de S. Ferreolo fresca y tan entera como si en aquel mismo dia la hubieran puesto en la sepultura. El R. Butler refiere este suceso de esta manera. Los cristianos de Viena, dice, enterraron el cuerpo de S. Ferreolo con gran veneracion cerca del mismo rio, y los ciudadanos de ella experimentan su proteccion con frecuentes beneficios que de Dios reciben, por medio de las preces que se hacen en su tumba, segun refiere el autor de sus actas. Sus reliquias se conservan en la iglesia que se erigió en honor suyo cerca del rio en Viena: las de S. Julian en la suntuosa de su nombre en Beja, en la diócesis de Clermont en Auvernia. S. Mamerto, obispo de Viena, descubrió la cabeza de S. Julian por los años de 474; y estando casi arruinada la primera iglesia de S. Ferreolo que se edificó sobre su tumba, casi por el mismo tiempo trasladó sus reliquias á una nueva que erigió dentro de muros donde se hallan al presente. Las actas de S. Ferreolo aunque no originales son auténticas, y conformes con la relacion que de su vida hace S. Gregorio de Tours.

A S. Ferreolo, mártir, llamado en vulgar catalan S. Ferriol, tienen mucha devocion en algunas partes del principado de Cataluña, y muy especialmente en el término de Besalú del obispado de Gerona, donde hay un templo muy devoto dedicado á su santo nombre, con parte de sus reliquias; y en él, por la intercesion del Santo se digna el Señor hacer grandes milagros; de manera que en sus paredes se ostentan ochenta y nueve muletas y otros innumerables trofeos ofrecidos por los muchos enfermos que han curado. De estos milagros refiérense muchos escritos de mano en un libro que se custodia en dicha iglesia. (*Domenec y Butler.*)

SAN JOSÉ DE CUPERTINO, CONFESOR.

EL glorioso S. José, llamado de Cupertino, porque nació en el lugar de este nombre, situado en la diócesis de Nardo, en el reino de Nápoles, vino al mundo á 17 de junio del año de 1603. Sus padres Felix Desa y Francisca Panara, fueron

pobres pero virtuosos. Su madre le crió con sentimientos grandes de piedad; pero le trataba con mucha severidad, castigándole frecuentemente por cualquiera leve falta, para acostumbrarle á la vida austera y penitente. Desde su infancia dió muestras de un fervor extraordinario, y no habia cosa en él que no anunciase estar gustando anticipadamente las delicias de las consolaciones celestiales. Era muy atento al servicio divino, y en una edad en que generalmente es dominante el amor á las delicias, llevaba un cilicio, y mortificaba su cuerpo con varias austeridades. Le pusieron á aprender el oficio de zapatero, á cuyo destino estuvo aplicado algun tiempo.

A los diez y siete años de su edad se presentó á ser recibido en los franciscanos conventuales, donde tenia dos tios de distincion en el órden. Le desecharon no obstante por no haber estudiado. Todo lo que pudo conseguir fué que le recibiesen en los capuchinos en calidad de hermano lego; pero á los ocho meses fué despedido por no ser á propósito para las reglas de aquella comunidad. Léjos de desanimarse insistió en la idea de abrazar el estado religioso: al fin los franciscanos movidos á compasion le recibieron en su convento de *Grotella*, llamado así por una capilla subterránea dedicada á Dios bajo el patrocinio de Maria. Este convento estaba cerca de Cupertino. Habiendo pues el Santo acabado su noviciado con grande fervor, hizo sus votos y fué recibido como lego entre los oblatos del órden Tercero. Aunque empleado en los oficios infimos de la casa los desempeñaba con la mayor fidelidad: redobló sus ayunos y austeridades: oraba continuamente, y no dormia mas que tres horas cada noche. Su humildad, su dulzura, su amor á la mortificacion y penitencia le adquirieron tanta veneracion, que en un capitulo provincial celebrado en Altamura en el año de 1625 se resolvió admitirle entre los religiosos de coro, para que se calificase para recibir los órdenes sagrados.

José pidió pasar para esto un segundo noviciado, despues de lo que se separó mucho mas de la comunidad de los hombres, para unirse mas estrechamente con Dios en oracion y contemplacion. Mirábase como el mayor pecador del mundo, y creía que solo por caridad le habian dado aquel hábito religioso. Su paciencia le hizo llevar en silencio y con alegría los mayores improperios y reprensiones por faltas que no habia cometido; y su obediencia fué tal que ejecutaba sin examen cuantos preceptos se le imponian. Tantas virtudes juntas no pudieron menos de hacerle objeto de la admiracion general. Ordenado de presbítero en el año de 1628, celebró su primera misa con inesplicables